

En este volumen confluyen diversos estudios científicos y los resultados de varios proyectos de investigación que se desarrollan actualmente en el fecundo terreno arqueológico menorquín. Los coordinadores de la obra, Fernando Prados (Universidad de Alicante), Helena Jiménez (CNRS - Universidad de Toulouse) y José J. Martínez (Universidad de Murcia) forman parte del proyecto MODULAR, que tiene como principal objeto de estudio el mundo fenicio-púnico desde sus manifestaciones arquitectónicas. Desde MODULAR se presta especial atención a la conexión entre el mundo fenicio-púnico y las culturas locales, evaluando los procesos de hibridación y mestizaje resultantes. Entre los laboratorios de estudio y análisis destaca Menorca, sobre todo en su fase post-talayótica. El citado proyecto se inscribe en una línea prioritaria de investigación que se desarrolla desde el Instituto de Arqueología de la Universidad de Alicante y cuenta con el apoyo del Consell Insular de Menorca, dentro de su programa de ayudas para la realización de intervenciones arqueológicas, el Ajuntament de Ciutadella, la SHA Martí i Bella y el Camping Cap Blanch, desde diversas figuras colaborativas que van del apoyo logístico al mecenazgo.



cepoAt
MONOGRAFÍAS
2

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICOS
MENORCA ENTRE FENICIOS Y PUNICOS
Fernando Prados · Helena Jiménez · José J. Martínez (Coords.)

Publicacions
des Born, 25



2017

UNIVERSIDAD DE MURCIA

CENTRO DE ESTUDIOS DEL PRÓXIMO ORIENTE Y LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

Fernando Prados · Helena Jiménez · José J. Martínez
(Coords.)

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICOS MENORCA ENTRE FENICIOS Y PUNICOS



cepoAt
MONOGRAFÍAS 2

CERCLE ARTÍSTIC
CIUTADILLA DE MENORCA
1891
Publicacions des Born, 25

Auspiciadas por la SHA Martí i Bella, las XIII JORNADAS DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA DE MENORCA (Ciutadella 2015) tuvieron como temática la presencia fenicia y púnica en la isla. Menorca, a pesar de disfrutar de una posición estratégica privilegiada en la órbita marina de esta cultura, se encuentra en clara desventaja en comparación con el conocimiento que se tiene sobre otros espacios geográficos de la esfera fenicio-púnica. Este “problema” científico e histórico, además, se hace más palpable en un momento como el actual, en que se trabaja en la propuesta para la inclusión de una parte del patrimonio arqueológico insular en la lista de la UNESCO. Si la clave de estas acciones radica en proteger, conservar y difundir este patrimonio, la base de todo ello ha de ser siempre el conocimiento, enfatizando el binomio “investigar para difundir”, que servirá para determinar las pautas y las acciones por las que deba encauzarse su gestión de cara a garantizar su sostenibilidad. Esta es la principal motivación de esta obra, científica y divulgativa a la par, en la que participan diversos especialistas sobre el mundo fenicio y púnico y la cultura talayótica menorquina.

PUBLICACIONES DEL CEPOAT

Nº 2

AÑO 2017

DIRECTORES: Rafael González Fernández (Universidad de Murcia), Gonzalo Matilla Séiquer (Universidad de Murcia), José Antonio Molina Gómez (Universidad de Murcia)

SECRETARIO: José Javier Martínez García (Universidad de Murcia)

CONSEJO ASESOR:

Juan Manuel Abascal Palazón (Universidad de Alicante),
Alejandro Andrés Bancalari Molina (Universidad de Concepción, Chile)
Pedro Barceló y Batiste (Universität Potsdam)
Rosa María Cid López (Universidad de Oviedo)
Joaquín María Córdoba Zoilo (Universidad Autónoma de Madrid)
Adolfo Antonio Díaz-Bautista Cremades (Universidad Católica de San Antonio de Murcia)
Juan José Ferrer Maestro (Universidad Jaime I)
José Miguel García Cano (Universidad de Murcia)
David Hernández de la Fuente (Universidad Nacional de Educación a Distancia)
Adam Łukaszewicz (Universidad de Varsovia)
Pietro Militello (Universidad de Catania)
Iwona Mtrzwesky-Pianetti (Universidad de Varsovia)
José Miguel Noguera Celdrán (Universidad de Murcia)
Juan Carlos Olivares Pedreño (Universidad de Alicante)
Bernardo Pérez Andreo (Instituto Teológico de Murcia OFM, Universidad Pontificia Antonianum de Roma)
Fernando Prados Martínez (Universidad de Alicante)
Sabine Panzram (Universidad de Hamburgo)
Josep Padró Parcerisa (Universidad de Barcelona)
Esther Sánchez Medina (Universidad Autónoma de Madrid)
Margarita Vallejo Girvés (Universidad de Alcalá)
Isabel Velázquez Soriano (Universidad Complutense)
Juan Pablo Vito Barra (CSIC Madrid)

UNIVERSIDAD DE MURCIA
PUBLICACIONES DEL CEPOAT
Nº 2

Fernando Prados Martínez
Helena Jiménez Vialás
José Javier Martínez García
(Coords.)

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICS
MENORCA ENTRE FENICIOS Y
PÚNICOS

Cercle Artístic de Ciutadella
Publicacions des Born, 25

2017

PUBLICACIONES DEL CEPOAT

Nº 2
AÑO 2017

Este libro ha sido debidamente examinado y valorado por evaluadores ajenos a la Universidad de Murcia, con el fin de garantizar la calidad científica del mismo.

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Durante los primeros doce meses, ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

La monografía se inscribe en el Proyecto *Modular. Análisis arqueológico y documental de la arquitectura fenicio-púnica de Menorca*, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (RYC 2011-08222), el Consell Insular de Menorca, y cuenta con el apoyo del Camping Cap Blanch, el Ajuntament de Ciutadella y la Societat Històrico-Arqueològica Martí i Bella.

Los intercambios deberán realizarse a través de:
Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía
C/ Actor Isidoro Máiquez, 9, 30007, Murcia.
Tlf: +34 868883890
Correo electrónico: cepoat@um.es
URL: <http://www.um.es/cepoat>

Portada: Bronce de Rafal des Frares (Museu Diocesà de Ciutadella) Foto: Joan de Nicolás
I.S.B.N.: 978-84-946637-0-3
Depósito Legal: MU 101-2017
Edición y Fotocomposición: CEPOAT
Impresión a cargo de Compobell S.L.

“En esta isla, que por su pequeñez, por su aridez y aspereza, es la última de la tierra, los cartaginenses, como se deduce de los nombres impuestos, fundaron dos pequeñas ciudades situadas en línea recta una a cada extremo; Iamona orientada a poniente, Magona, en cambio, lo está hacia levante”

Severus Minoricensis, *Epistula*, 2, 5.

“Estrabón que es el más juicioso de los antiguos Geógrafos, nos dá á entender que desde el tiempo que los Fenicios se apoderaron de estas Islas, los vecinos de ellas se havian distinguido en el manejo de las hondas, lo que es suponer en mi concepto que en ocasion de dicha conquista ya estaban pobladas las Baleares. Pero y quando fué que esto aconteció? Estrabón no lo dice, y asi veamos si por otros medio lo podemos conjeturar, porque averiguarlo del todo, lo graduo por imposible después de tantos siglos, y de tanta escasez de noticias de una antigüedad tan remota”

Joan Ramis i Ramis 1818, 20-21.

ÍNDICE

Miquel Àngel María Ballester <i>Presentació</i>	9
Carlos González Wagner <i>Prólogo</i>	11
Fernando Prados, Helena Jiménez y Ángel Roca <i>Del gris al blanco. La isla de Menorca en el mapa fenicio y púnico</i>	13
<hr/>	
Adolfo J. Domínguez Monedero <i>El ejército de Aníbal, una fuerza de mercenarios</i>	17
Joan Ramon Torres <i>Pecios y ¿colonias? materiales púnicos en las Islas Baleares</i>	41
Ana María Niveau de Villedary y Mariñas <i>Nuevos datos sobre la evolución formal y estilística de los “pebeteros en forma de cabeza femenina”. A propósito del ejemplar de Torralba d’en Salort (Alaior, Menorca)</i>	85
Fernando Prados Martínez y Helena Jiménez Vialás <i>Menorca entre fenicios y púnicos: una aproximación arqueológica desde la arquitectura defensiva</i>	105

Montserrat Anglada, Antoni Ferrer, Lluís Plantalamor i Damià Ramis <i>Continuïtat cultural en època de canvis: la producció i preparació d'aliments a Cornia Nou (Maó, Menorca) durant els segles IV- III aC</i>	137
Joan C. De Nicolás, Simón Gornés i Joana M. Gual <i>Indicis d'un santuari púnico-talaiòtic en el poblat de Biniparratx Petit (Sant Lluís, Menorca)</i>	157
Helena Jiménez, Fernando Prados, Joan C. De Nicolás, Andrés M. Adroher, Octavio Torres, José J. Martínez, Iván García, Diego López, David Expósito y Sonia Carbonell <i>Prospección arqueológica en Torrellafuda (Ciutadella, Menorca). Al encuentro de la Menorca púnica</i>	181
Damià Ramis <i>Evidències de contactes exteriors al món talaiòtic a partir de l'estudi del registre faunístic</i>	201
Antoni Ferrer Rotger i Irene Riudavets González <i>Denes púniques de pasta de vidre a Menorca: el conjunt del cercle 7 de Torre d'en Galmés</i>	219
Octavio Torres Gomariz <i>Cercles menorquins: aproximación a la influencia de la arquitectura púnica en las viviendas postalayóticas de Menorca</i>	231
Andreu Torres, Bartomeu Obrador y Joan C. De Nicolás <i>Ba'al-Hammon, Caelestis y el dios del plenilunio en el santuario con taula de Son Catlar (Ciutadella)</i>	245
Bibliografia	277

PROSPECCIÓN ARQUEOLÓGICA EN TORRELLAFUDA (CIUTADELLA, MENORCA). AL ENCUENTRO DE LA MENORCA PÚNICA

Helena Jiménez Vialás¹
Fernando Prados Martínez²
Joan C. de Nicolás Mascaró³
Andrés María Adroher Auroux⁴
Octavio Torres Gomariz⁵
José Javier Martínez García⁶
Iván García Jiménez⁷
Diego López Martínez⁸
David Expósito Mangas⁹
Sonia Carbonell Pastor¹⁰

1. EL POBLADO DE TORRELLAFUDA EN EL PROYECTO *MODULAR*¹¹

Como parte de los trabajos del Proyecto *Modular* dedicados a la identificación y caracterización de posibles influencias fenicio-púnicas en la arquitectura de Menorca, en la campaña de 2015 efectuamos una prospección intensiva en el poblado de Torrellafuda (Ciutadella), que vino a completar las tareas de levantamiento topográfico, fotogrametría y estudio de paramentos iniciadas la campaña anterior.

1 CNRS Traces 5608, Université de Toulouse.

2 Universidad de Alicante.

3 Institut Menorquí d'Estudis, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos.

4 Universidad de Granada.

5 Universidad de Alicante.

6 CEPOAT - Universidad de Murcia.

7 Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia (Junta de Andalucía).

8 Conjunto Arqueológico de Cástulo (Junta de Andalucía).

9 Conjunto Arqueológico de Cástulo (Junta de Andalucía).

10 Universidad de Alicante.

11 Este trabajo se enmarca dentro del Proyecto *Modular. Análisis arqueológico y documental de la arquitectura fenicio-púnica de Menorca* que desarrollamos desde el año 2014, cuyos planteamientos y objetivos se detallan en Prados *et al.* 2015.

El objetivo de esta actuación era disponer de evidencias materiales que nos permitieran confirmar la secuencia histórica propuesta por diversos autores para el yacimiento, y de forma particular, calibrar el peso específico dentro de dicha secuencia del periodo al que atribuimos los elementos de poliorcética púnico-helenística observados en enclaves como Trepucó, Son Catlar o Torrellafuda: finales del s. III o inicios del s. II a.C. (Prados *et al.* 2015).

El poblado de Torrellafuda, Bien de Interés Cultural desde 1966, se sitúa en el tercio occidental de la isla, 7 km al este de Ciutadella, muy cerca de la actual carretera Me-1, al norte, y del *Camí vell de Maó* al sur, y por lo tanto siempre vinculado al principal eje de comunicación de Menorca (Hernández Sanz 1924). Se encuentra muy próximo a otro enclave que parece haber tenido la misma secuencia histórica, Torretrencada, 1 km al sur; y le separan tan sólo 6,5 km de Son Catlar, al suroeste, que por su tamaño y arquitectura destacados –alcanzó las 4 ha amuralladas–, seguramente jugó un papel preponderante en la articulación de este territorio en época postalayótica (Fig. 1).

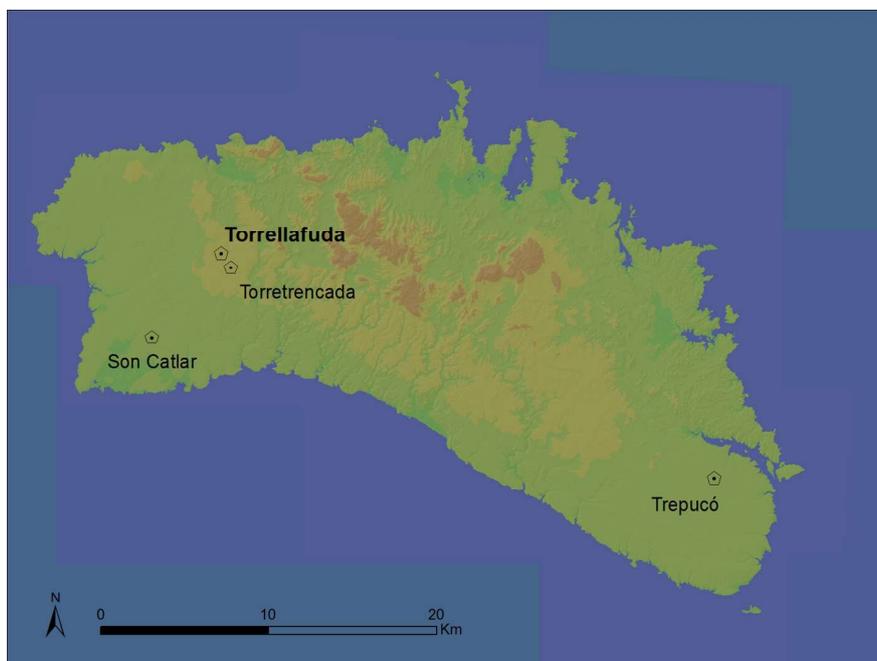


Fig. 1. Yacimientos citados en el texto.

Torrellafuda estuvo poblado al menos desde época talayótica, en época postalayótica y romana, posteriormente presenta un aparente vacío en la fase tardoantigua, para ser de nuevo ocupado en época andalusí. Es uno de los yacimientos más emblemáticos de la isla, pues aunque los restos visibles son escasos en comparación con otros lugares, su recinto de taula inmerso en una vegetación exuberante y lo imponente de su muralla le confieren un carácter sin duda singular. El enclave cuenta con uno de los *talaiots* mayores de la isla, varios hipogeos funerarios vaciados desde antiguo, uno de ellos situado junto

a la entrada actual al yacimiento, restos de diversos *cercles* de hábitat, un recinto de taula que conserva en pie tan sólo una de las pilastras laterales (Fig. 2), un pozo de cronología romana o medieval, y por supuesto la muralla, desmontada en su lado oriental, pero reemplazada como muro de delimitación y contención en sus lados conservados, el meridional y el occidental. Por tanto, si bien es indudable su origen antiguo, esta cerca presenta en muchos puntos elementos propios de la rica tradición menorquina de la piedra seca, como las hiladas de piedra menuda que la rematan o algunos *botadors* que permiten alcanzar su parte superior (Petrus 1967; Plantalamor 1991a, 337 y 348; Sintés 2015).



Fig. 2. Detalle del santuario de taula de Torrellafuda con la muralla al fondo. 2014.

Aunque el yacimiento no ha sido objeto de excavaciones arqueológicas sistemáticas, sí de una serie de trabajos puntuales que incluyeron la recogida de material y que arrojan una interesante información sobre la cronología del conjunto. En primer lugar, las actuaciones de excavación y consolidación parcial del recinto de taula por M.L. Serra en 1959 (1967, 185-186) y M. Petrus y V. Tolós en 1961 (Petrus 1961). En estas últimas, se recuperaron materiales que van desde el s. III a.C. al cambio de Era, como “cerámica Campaniense A, fragmentos de cerámica púnica, unos de cerámica megárica, talayótica, un vasito entero de paredes finas, un molino de mano y restos de fauna” (Petrus 1961, 327); materiales depositados en el Museo de Menorca y que han sido parcialmente publicados por J.C. De Nicolás (1983, 233) y Ll. Plantalamor (1991a, 348).

La importancia de la fase final del periodo postalayótico y el inicio del romano, y en concreto los ss. III y II a.C., parece confirmada además por trabajos posteriores que

documentan la presencia de ánforas de boca plana de la costa catalana, *kalathoi* ibéricos, glandes de plomo, cerámica pre-aretina (De Nicolás 1983, 215, 222, 241, 255), púnico-ebusitana, romana –incluida *terra sigillata itálica*– y, finalmente, islámica (Orfila y Sintés 1984; trabajos de M. Barceló y F. Retamero, Ficha del CIME, 2013).

El interés de Torrellafuda para el Proyecto *Modular* reside en la singularidad de sus fortificaciones y sus paralelos con otros casos constados en la isla, del que Son Catlar es el mejor ejemplo (ver Prados Martínez y Jiménez Vialás en esta misma obra). A partir de nuestra lectura paramental, hemos establecido la existencia de dos fases en época antigua en la muralla, a la que lógicamente sucedieron las diferentes refacciones de época moderna. Distinguimos, en primer lugar, una primera fase ciclópea de ortostatos verticales sin cimentación, a la que se superpone lo que interpretamos como una obra de reforzamiento que sigue pautas púnico-helenísticas, mediante la construcción de bastiones, ángulos y poternas con sillares a soga y tizón, un posible glacis, y un uso habitual de bloques regulares de menor tamaño, que en ocasiones pueden confundirse con los añadidos de época moderna.



Fig. 3. Propuesta del trazado murario de Torrellafuda (base PNOA cedido por ©IGN).

Por el momento, ante la carencia de excavaciones arqueológicas que nos brinden el refrendo material, no es posible concretar la cronología de ambas fases, por lo que no podemos descartar ni siquiera que se trate de dos momentos constructivos de una misma obra. Sin embargo, el hecho de que en el propio asentamiento se aprecien dos momentos dentro del periodo postalayótico, sí invita a pensar en dos fases bien diferenciadas y separadas en el tiempo: los *cercles* situados junto a la entrada, al noreste del poblado, evidencian que el poblado pudo haberse extendido, aunque con una organización dispersa, hasta las 2 ha, y que posteriormente éste se habría contraído dejando fuera algunos de los *cercles*, con una nueva muralla que limitaría el espacio del poblado a tan sólo 1 ha. De ser cierta esta secuencia, se trataría de un fenómeno de retracción propio de contextos de conflicto y por tanto de una lógica defensiva que encaja perfectamente con las soluciones poliorgánicas identificadas (Fig. 3).

2. ESTUDIO TOPOGRÁFICO DEL TRAZADO DE LA MURALLA

Nuestras actuaciones en la campaña de 2015 consistieron en el reconocimiento topográfico de la muralla, por un lado, y en una prospección intensiva mediante la recogida y geolocalización de materiales en superficie, que comentaremos en el siguiente apartado.

Para lo primero, acometimos previamente un estudio documental del yacimiento, a partir de la cartografía disponible desde el s. XVIII y de la fotografía aérea¹², donde podemos analizar la configuración espacial del entorno de Torrellafuda y su evolución. Estos documentos nos permiten identificar los núcleos rurales, otros topónimos, caminos, fuentes, pozos, aljibes, y en especial los recintos en piedra seca o los *clapers*, que a su vez pueden resultar útiles a la hora de identificar restos arqueológicos modificados o enmascarados por estas obras modernas. En nuestro caso, el topónimo asociado al yacimiento y al caserío cercano, estaría constatado en diversas crónicas al menos desde el s. XV con su forma *Torrelafuda* (Moll 2015) y muy claramente a partir del s. XVIII como *Torre Llefuda* (Mapa de Neal, 1722) y posteriormente ya como *Torre Llafuda* en el Cadastre de Sorà (1861). Aunque resulta muy sugerente la hipótesis de vincular el topónimo a un antiguo propietario judío del mismo nombre que el célebre cartógrafo mallorquín Jafudà Cresques, coautor del *Atlas catalán* del s. XIV y cristianizado posteriormente como Jaume Ribes, parece más probable que derive del árabe *yahudi* (judío) y por tanto haría referencia a una *torre del jueu*, sin que podamos descartar tampoco un posible origen beréber del vocablo (Moll 2015).

Especialmente interesante resulta el citado Cadastre de Sorà y, en concreto, la hoja dedicada a Ciutadella (1862). En el área de Torrellafuda se reflejan distintas propiedades y recintos, algunos de ellos reconocibles actualmente, pero llama la atención

12 Infraestructura de Dades Espacials de Menorca y fondos documentales del Instituto Geográfico Nacional, Portal de Archivos Españoles, Biblioteca Virtual del Ministerio de Defensa, British Library y Bibliothèque Nationale de France.

que precisamente donde se ubica el yacimiento, Sorà dibujara una forma completamente irregular correspondiente a manchas de vegetación que sin duda ocultaban los restos arqueológicos y que el geómetra señala como MB, seguramente “monte bajo”, garriga, puesto que en el catastro se apunta que *las iniciales que hay dentro de los perímetros indican la clase de vegetación*. Si bien se trata de una superficie muy irregular, sí podemos identificar *grosso modo* su mitad sur con los vestigios del poblado y creemos, incluso, que el ángulo recto apreciable en el extremo suroeste de dicha forma se corresponde con los lados meridional y occidental de la muralla. Parece indudable, por tanto, que a finales del s. XIX el conjunto del poblado estaba ya muy modificado, aunque sí conservaba la muralla en los sectores que han llegado más o menos reconocibles hasta nuestros días, lo que demuestra que las principales modificaciones que afectaron al yacimiento habían tenido lugar siglos atrás.

La fotografía aérea, por su parte, confirma lo visto en el citado catastro: lados sur y oeste de la muralla y un área oriental con varios sectores inconexos que corresponden a acumulaciones de piedra que pueden ocultar en algún caso restos de la antigua cerca. En aquellos años donde la humedad y por tanto la vegetación fueron menores, o la explotación agraria más intensiva, en especial las fotos del llamado “vuelo americano” de 1956, se aprecian en esa zona los muros, incluso un camino, cubiertos hoy por la vegetación y que han escondido tramos de la muralla como el descubierto en el posible bastión SE del que hablaremos más tarde.

En cuanto al espacio libre de estructuras que se extiende entre el recinto de taula y la muralla, tampoco las fotos aéreas muestran evidencia alguna de viviendas, que seguramente existieron en ese punto. Es muy probable que hayan sido desmontadas por labores agrícolas, aunque la altura del suelo en esa zona, donde las poternas están semienterradas, nos lleva a pensar que quede aún cierta potencia sedimentaria y que parte de las estructuras de viviendas se hallen conservadas bajo el nivel del suelo.

A la hora de comprobar estas cuestiones sobre el terreno, como en el caso de las fotos aéreas, los principales escollos fueron las construcciones modernas y la vegetación que las cubre. Aunque en un futuro próximo podremos solucionar en parte estos problemas mediante imágenes LIDAR¹³, por el momento nuestro trabajo sobre el terreno ha consistido en el reconocimiento *in situ* de vestigios de la muralla y su geolocalización con GPS.

El principal resultado de este trabajo ha sido la identificación del ángulo de un posible bastión o torre, inédito, cubierto parcialmente por la vegetación y por construcciones modernas. Este ángulo está construido en la misma piedra que el resto de la muralla, *marès*, y se proyecta 1,55-1,60 m respecto al tramo de muralla con el que traba, es decir, 3 codos como los bastiones de Son Catlar (Fig. 4). Tanto este ángulo SE como el

13 *Lasser Imaging Detection and Ranging*: datos espaciales tomados con tecnología láser a fin de generar modelos digitales del terreno de alta resolución que tienen innumerables aplicaciones en Arqueología.

corto tramo de muralla documentado, se adosan, es decir, son posteriores, a un muro más antiguo, sin que podamos asegurar que se trata de muralla o de otra construcción anterior. Esta torre o bastión presenta la misma técnica constructiva que la esquina noroeste identificada en la campaña de 2014, es decir, bloques paralelepípedos colocados a soga y tizón (Fig. 7). Tanto la técnica constructiva de ambas soluciones como la medida del posible bastión, son idénticas a las de Son Catlar, por lo que planteamos su pertenencia a una misma fase de refortificación de los poblados postalayóticos relacionada con la II Guerra Púnica (ver Prados Martínez y Jiménez Vialás en esta misma obra).

Por otro lado, aunque de identificación más complicada, hemos podido localizar dos posibles nuevas poternas y un tramo de muralla o probable ángulo realizado de nuevo con sillares alargados a soga y tizón. Todos están cubiertos por la vegetación y su interpretación ha de ser, por tanto, confirmada; aunque en el caso del posible ángulo su importancia reside en que permitiría marcar un punto en el recorrido hipotético de la muralla en su lado oriental (Fig. 3).



Fig. 4. El ángulo o posible bastión SE localizado en 2015.

3. LAS PROSPECCIONES INTENSIVAS FUERA DEL POBLADO

Durante los trabajos en Torrellafuda en la campaña de 2014, pudimos observar una importante presencia de material diagnóstico en superficie, y en particular de cerámica Campaniense y ánforas púnico-ebusitanas que remitían al horizonte cultural

estudiado, en el tránsito del s. III al II a.C. En el área intramuros, ese registro superficial está siendo progresivamente mermado a causa de la recogida de cerámica por parte de algunos visitantes, que de esta manera lo alteran de forma irreversible. Sin embargo, al otro lado de la muralla, al exterior del poblado en sus lados occidental y meridional, pudimos observar cómo el registro era mucho más abundante no sólo en cerámica en general, sino de forma particular en piezas diagnósticas de dicho periodo.

Estas observaciones nos llevaron a decantarnos por la prospección superficial extramuros, como primera aproximación al contexto material asociado a las soluciones constructivas de tipología púnico-helenística. La prospección constituía un acercamiento de carácter preliminar, puntual e inocuo, dada la mayor dificultad por el momento de efectuar labores más costosas o agresivas, como la excavación; pero que podía brindar una valiosa información sobre la cronología del poblado, el mayor o menor impacto de las diferentes fases históricas en los espacios extramuros, posibles áreas funcionales, así como sobre el grado de alteración o fiabilidad del registro superficial del yacimiento.

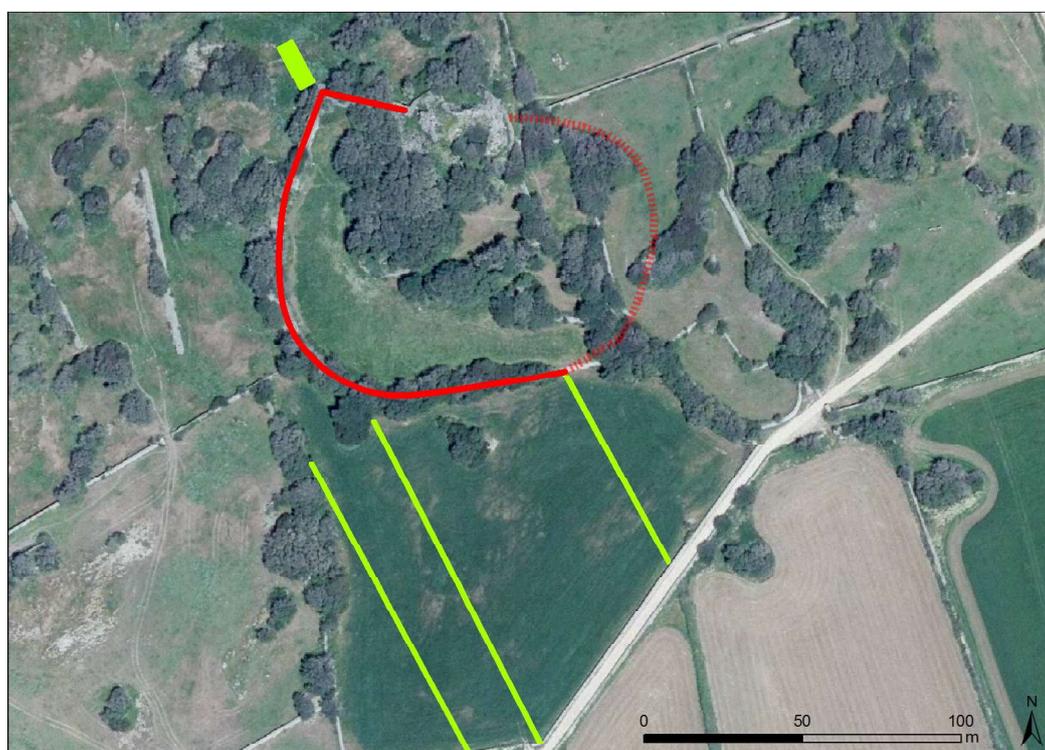


Fig. 5. Áreas prospectadas en la campaña de 2015 (base PNOA cedido por ©IGN).

Las prospecciones de la campaña de 2015 se desarrollaron en dos áreas extramuros, al norte y al sur del poblado, con la muralla como eje vertebrador (Fig. 5). En lo que respecta al tipo de terreno y la visibilidad, la zona sur era tierra de labor removida recientemente y que ofrecía por tanto muy buenas condiciones de visibilidad;

sin embargo, en la zona norte la roca afloraba en numerosas partes y al no ser tierra de cultivo estaba cubierta de vegetación silvestre, por lo que la visibilidad y la potencia arqueológica eran necesariamente más pobres.

En la primera de las zonas, al sur, de una extensión de 12.000 m², la técnica de trabajo consistió en una prospección extensiva previa a fin de delimitar las áreas con mayor densidad (Fig. 6). Al comprobar que existía cierta homogeneidad en el registro, cuya densidad disminuía al alejarnos de la muralla, decidimos establecer una serie de transectos o franjas alargadas (*transects*) que discurrieran entre la muralla del poblado y el muro moderno que cerraba el recinto al sur. Se plantearon con la estación total tres transectos con sentido NO-SE y de 1 m de ancho por una longitud de 67 m (transecto 1), 115 m (transecto 2) y 107 m (transecto 3), que se subdividieron, a su vez, en cuadrículas de 1 por 1 m, a cada una de las cuales se les asignó un número de unidad de estudio (Fig. 5). El muestreo consistió en la recogida de todo material observable, independientemente de su entidad, o de su naturaleza, artefactual o ecofactual, en el transecto 1 y de las cuadrículas impares en los transectos 2 y 3, por ser de mayor longitud. De este modo, cada material recogido se asociaba a una cuadrícula que estaba perfectamente georreferenciada, obteniendo una mayor fiabilidad que con el uso individual del GPS.



Fig. 6. Proceso de recogida de material en la zona sur (transecto 3). 2015.

En la zona norte, planteamos un área de prospección de 5 por 15 m en lo que considerábamos podía ser un posible foso situado frente al ángulo NO de la muralla. Establecimos 3 transectos (4, 5 y 6) de 15 m de longitud por 1 m de ancho, separados por dos transectos intermedios (sin numeración). Dados los citados problemas de visibilidad,

se realizó un desbrozado previo y una recogida total del material en los transectos señalados (Fig. 7).

En lo que respecta al equipo empleado, participó en el trabajo de campo una media de 8-10 personas, que han trabajado indiferentemente en la recogida y tratamiento de material, así como labores topográficas. Se han empleado dos GPS de mano para la geolocalización de estructuras y una estación total para el planteamiento de los transectos.

Las prospecciones intensivas como la realizada, se caracterizan por ser reducidas en su espacio de actuación, pero muy detalladas en cuanto a resolución y toma de datos, y en consecuencia se han demostrado de gran utilidad para identificar áreas de especialización productiva al interior o en el entorno de yacimientos conocidos, así como para localizar enclaves rurales, reconocer usos agrícolas del suelo y en definitiva caracterizar la economía rural (Mayoral *et al.* 2008; Grau *et al.* 2012); han sido por tanto una metodología esencial de la Arqueología Espacial desde los años 60, con un importante desarrollo en los últimos años tanto del ámbito conceptual como técnico, de manos de la llamada Arqueología del Paisaje (Alcock y Cherry 2004; Bintliff 2014).



Fig. 7. Proceso de recogida de material en la zona norte, junto al ángulo NO (transecto 4). 2015.

Otro aspecto que queremos destacar de nuestra intervención es su carácter absolutamente inocuo para el registro, puesto que aunque todo el material fue recogido

para su estudio, se reintegró posteriormente en su cuadrícula correspondiente, de tal modo que la alteración ha sido siempre inferior a 1 m. Nos parece importante defender ese carácter no destructivo de las actuaciones arqueológicas, cuando las circunstancias así lo permiten, a fin de preservar el registro para futuras investigaciones, pero igualmente para no saturar los fondos museísticos con piezas de escasa relevancia expositiva.

4. LA APLICACIÓN DE SIRA EN EL PROYECTO MODULAR

El Sistema de Información de Registro Arqueológico (S.I.R.A.) es un sistema creado en la Universidad de Granada en 1998 e inspirado en el *Syslat* francés (Py 1997), que permite gestionar y analizar información generadas tanto en la excavación como en la prospección y que resulta en particular de gran utilidad para estudios de conjuntos materiales, ya sean procedentes de intervenciones arqueológicas o descontextualizados (Adroher 2010).

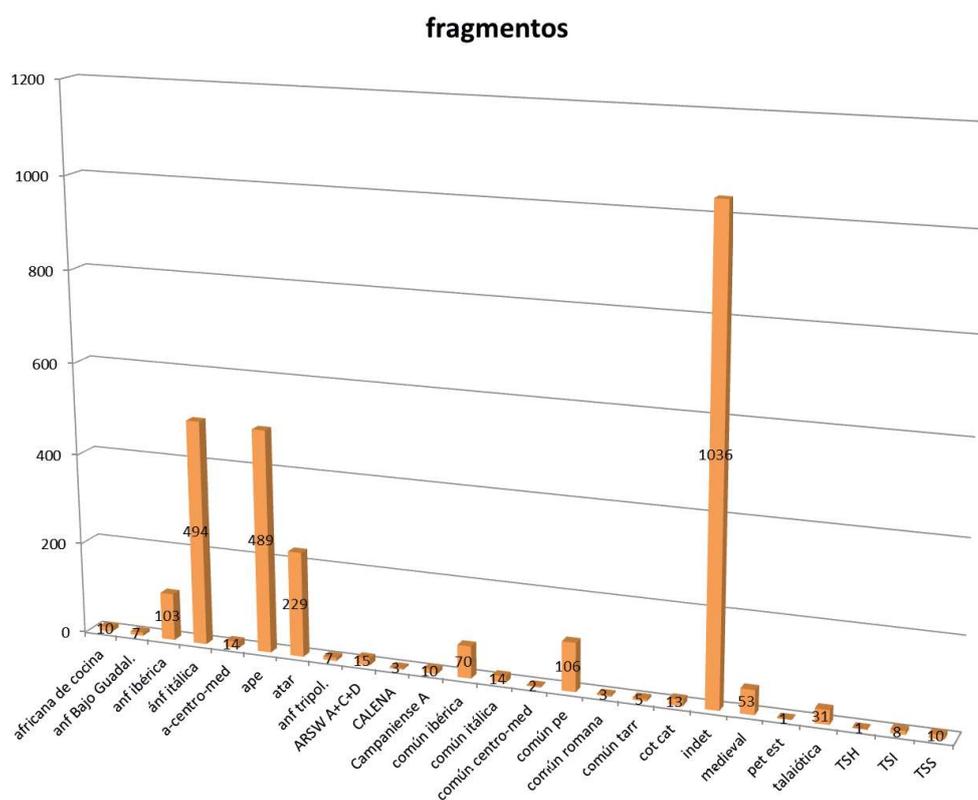


Fig. 8. Nº de fragmentos recogidos en la prospección. Elaborado con SIRA.

En nuestro caso, empleamos SIRA para el estudio de materiales de la prospección de 2015 en Torrellafuda, lo que ha ofrecido una amplia gama de posibilidades en lo que respecta a la cuantificación y la clasificación tipológica.

En la prospección de 2015 se recogieron un total de 2.805 fragmentos de cerámica que pesan 32.847 gr, lo que hace una media de 11,71 gr por fragmento. El cálculo realizado con el sistema de cuantificación EVE (equivalencia de vasos estimados) arroja el resultado de 19,35 individuos. Si establecemos un valor medio, cada pieza completa pesaría unos 1.697,52 gr y se habría roto en 144,96 fragmentos (Figs. 8 y 9), teniendo siempre en cuenta que estos valores medios no establecen la diferencia lógica entre una gran pieza, como un ánfora, y una pequeña, como un vaso de paredes finas.

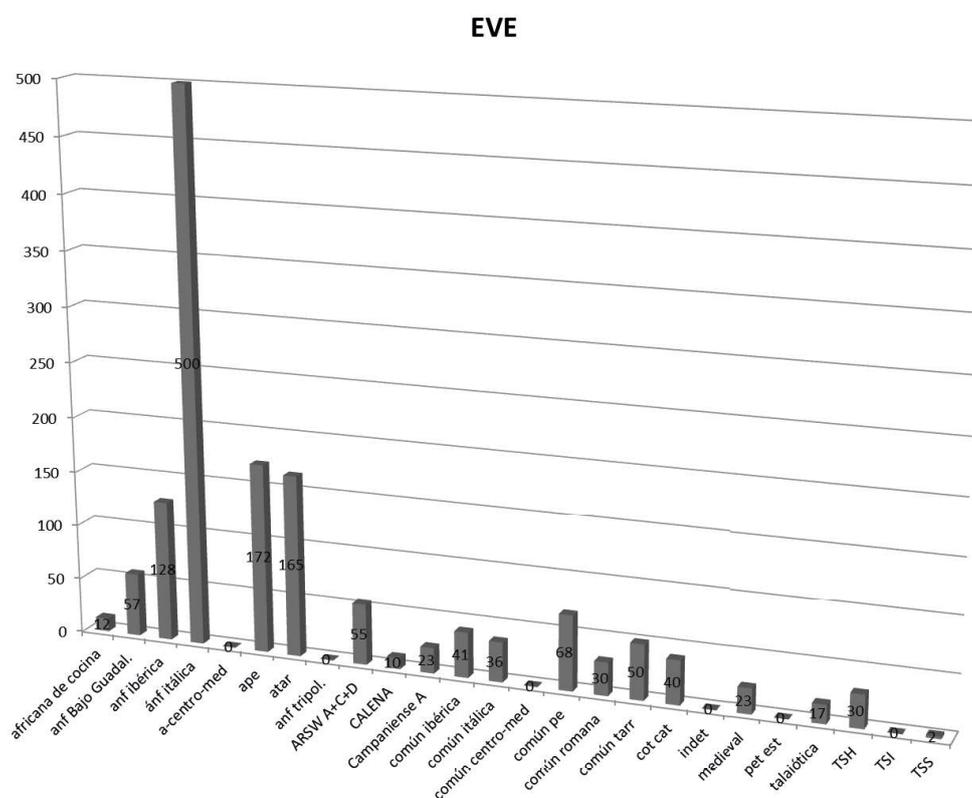


Fig. 9. EVE (equivalencia de vasos estimados). Elaborado con SIRA.

Los valores anteriormente expresados se van incrementando notablemente por la escasa representatividad que presentan los fragmentos diagnósticos, ya que solamente 78 son bordes, que representan 2.234 gr (peso medio por gr 28,64) y representan un EVE de 10,11, lo que indica que el porcentaje de bordes localizados es notablemente inferior a lo lógico, pues apenas representan un 2,78% de los fragmentos. Estos datos nos

están informando del problema provocado por anteriores recogidas selectivas de material con cualquier objetivo (documentación, investigación o expolio) que ha provocado que gran parte del conjunto de elementos diagnóstico haya desaparecido. En consecuencia, debemos ser precavidos a la hora de extraer conclusiones de carácter absoluto pues la muestra obtenida tiene un importante sesgo respecto a lo que debiera suceder en caso de tratarse de un yacimiento arqueológico virgen, y que no se visite frecuentemente, al contrario de lo que sucede en Torrellafuda. Nos centraremos no obstante en las conclusiones que nos permiten, eventualmente, un primer acercamiento a las muestras de naturaleza cerámica vascular.

Para empezar, aunque resulte una obviedad, tenemos que confirmar que el porcentaje de material se reduce conforme nos alejamos del epicentro que supone el asentamiento estructuralmente hablando (es decir, la delimitación del mismo en la figura de las murallas, desde donde parten los tres transectos mayores). Sin embargo, tras una fuerte caída después de las primeras diez cuadrículas, se observa un nuevo repunte entre los números 35 y 50 (en número de fragmentos), lo que significa que a unos 45 m aproximadamente de la muralla hay una elevada concentración de fragmentos de cerámicas, lo que puede deberse a dos razones. La primera, a que efectivamente exista algún tipo de ocupación que se refleje en esa presencia más elevada; en segundo lugar, podría deberse a un cambio en el perfil topográfico de ese sector de la parte extramuros del asentamiento, pudiendo explicarse bien por un motivo geomorfológico (leves plegamientos del subsuelo reflejados en la superficie) o bien antrópico, por presencia de estructuras que lo soportan a modo de terrazas y que no son visibles en superficie. Solamente una posterior intervención podría permitirnos inclinar la balanza hacia uno u otro lado.

De este modo vamos a considerar que la superficie del yacimiento ha generado a través de los procesos de alteración (sedimentación y erosión) fenómenos que han tendido a la homogeneización representativa de las distintas fases de ocupación que hubiese tenido el asentamiento.

No obstante, este planteamiento de partida no es correcto, ya que debemos de tener en cuenta diversos factores. Por un lado, los estratos más antiguos tienden a aflorar con posterioridad a los más recientes, por lo que si la erosión no les ha afectado los productos de esas fases anteriores apenas serán visibles en superficie. De hecho, es cierto que la cerámica a mano tiene una muy escasa representatividad en todo el conjunto recogido –31 fragmentos (1,11%)–, con apenas 497 gr de peso (1,51%) y 0,127 vasos estimados por EVE (0,88%), y una ratio de peso medio por fragmento de 16,32 gr, lo que indica el escaso índice de erosión, lo que a su vez evidencia que ese material lleva poco tiempo en superficie, en consecuencia hay que considerar que sólo recientemente se están erosionando de alguna manera los estratos correspondientes a la fase talayótica, lógico teniendo en cuenta la potencia actual de los tractores y la profundidad que alcanzan las rejas frente al arado tradicional.

Por tanto nos tocaría suponer que las fases más recientes deberían presentar más material. Sin embargo, la representación de African Red Slip Ware (ARSW A, C y D) es muy baja, con 15 fragmentos, un peso de 40 gr (con una ratio de 2,67 gr por fragmento) y un EVE de 0,55, solamente medio vaso. Y la situación no parece cambiar mucho si nos enfrentamos a la cerámica medieval y postmedieval ya que este grupo supone un total de 53 fragmentos, repartidos en 1.043 gr de peso (ratio de 19,68 gr) y un EVE de 23. Puede decirse, así pues, que las fases anteriores al s. III a.C. y posteriores al I d.C. están escasamente reflejadas en el registro.

En principio, sería plausible considerar que como consecuencia de la alteración por erosión, los materiales correspondientes a las fases más recientes debieran estar mejor representados, pero no es así. También es posible que hayan sufrido aún más si cabe los procesos de meteorización y los consiguientes procesos postdeposicionales que han ido mermando la entidad física de los fragmentos. Este modelo interpretativo ha sido utilizado para explicar cronología de estructuras, especialmente las negativas, que han sufrido cierto nivel de alteración produciendo la casi total desaparición de la cerámica de la fase correspondiente por barrido y erosión desde el asentamiento hasta puntos topográficos notablemente más bajos, especialmente en el caso de cerros elevados. Pero este no es nuestro caso, ya que la variación orográfica del terreno es mínima hacia el exterior del poblado, pues éste se encuentra en un pequeño promontorio cuya altura apenas supera los 10 m respecto a los llanos colindantes (sin tener en cuenta el *talaiot*).

No obstante, resulta llamativo el dato de que justo entre los ss. III a.C. y I d.C. se concentre la mayor parte de la cerámica, a la que corresponden un total de 1.599 fragmentos, es decir, el 57,01%, repartidos en 26.475 gr (80,60%) con una ratio de 16,56 gr por fragmento y determinando un EVE de 14,73 vasos (76,12%). Es una representación abrumadora entre el material de superficie. Teniendo en cuenta que tanto la fases anteriores (talayótico y precedentes) como las tardorromanas y subsecuentes apenas alcanzan la mitad de un corto periodo de cuatro siglos, parece claro que nos está indicando, sobre todo tras las reflexiones de carácter estratigráfico mencionadas anteriormente, que hay una fase de actividad antrópica importante en esas fechas.

Veamos cómo se comportan las distintas clases cerámicas. Los porcentajes hacen referencia a la totalidad de la muestra y no exclusivamente a su representación dentro de la fase 3 (ss. III a.C. - I d.C.). Las reflexiones las realizaremos sobre número de fragmentos ya que la estimación por EVE resulta muy compleja al proceder de un material de superficie, muy rodado y, como se vio anteriormente, con una muestra muy sesgada negativamente hacia los elementos diagnóstico.

Ánforas: las ánforas itálico-republicanas, con 494 fragmentos (17,61 %), es una de las clases cerámicas mejor reflejadas, hasta el punto que se detecta mediante EVE un total de cinco vasos completos. Hay Dressel 1B y 1C, pero es mayoritaria la greco-itálica, 13 bordes frente a cinco de los otros dos tipos, especialmente formas plenas de finales del

III e inicios del II a.C., como Lyding-Will C, la más frecuente de todas (Fig. 10).

También muy importante es la representación de las ánforas púnico-ebusitanas (utilizaremos como referencia la antigua tipología de Joan Ramon para esta clase), con 489 fragmentos (17,43%), aunque su EVE es mucho menos representativo (1,72 vasos). Las dos formas mejor representadas son la PE-16 y PE-17, aunque se encuentran ejemplares como imitaciones de greco-itálica (PE-24) y de Dressel 1 (PE-25), aunque sólo tres ejemplares de los 14 fragmentos de bordes. La proximidad de Ibiza, y el encontrarse en las rutas naturales de comunicación hace lógico que este ánfora se encuentre en porcentajes importantes, y es importante destacar que predominan las formas que tienden más al s. III que al II a.C.

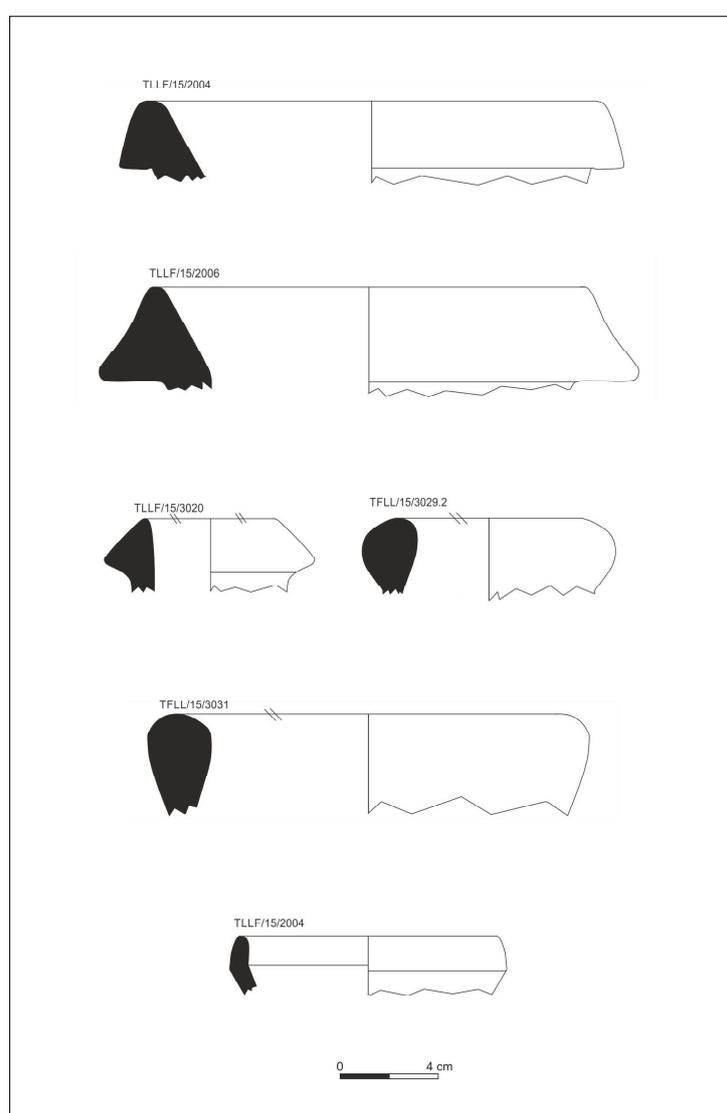


Fig. 10. Selección de ánforas púnico-ebusitanas y grecoitálicas.

El tercer grupo con una notable presencia es el de las ánforas tarraconenses, que con 229 fragmentos bajan su representación a un 8,16% con un EVE de algo más de una vaso (1,65). Las formas más frecuentes lógicamente son las más expandidas, básicamente la Pascual 1 y, algo menos, la Dressel 2-4. El bajo porcentaje de estas ánforas no indica necesariamente una valoración cronológica, puesto que hay que pensar que las dos clases anteriores tienen una repartición cronológica mucho mayor (desde el s. IV o V dependiendo de la procedencia) hasta el s. I a.C., momento con el que asociamos básicamente la tarraconense.

Las ánforas de origen ibérico están también muy bien documentadas, siendo su procedencia, a juzgar por la visualización a ojo desnudo de las pastas, Cataluña y, fundamentalmente, país valenciano. Se trata normalmente de borde muy aplastado, y las que han podido definirse tipológicamente se asocian al tipo B3 (I-3/I-4 de Ribera) (4 fragmentos diagnóstico). Con 103 fragmentos su porcentaje baja hasta el 3,67%. Aún faltan análisis y contextos para conocer el comportamiento de este grupo cerámico, de modo que prescindiremos de una valoración más completa que la meramente cronológica en relación al único tipo documentado, ya que esta forma tiende a desarrollarse fundamentalmente entre los ss. IV y III a.C., aunque su prolongación al s. II a.C. debe ser cierta, si bien aún no suficientemente contrastada.

Procedente del Bajo Guadalquivir nos encontramos con 7 fragmentos, tanto de Lomba do Canho 69 (típica del s. III a.C.) como de los más tardíos del s. I a.C. de Dressel 7/11. Apenas representan un escaso 0,25%. Estas ánforas son escasas normalmente, ya que repuntan especialmente a partir del Alto Imperio con la exportación del vino en las Dressel 20. El hecho de que no hayamos documentado ningún ejemplar de esta última puede ser interesante a la hora de una reflexión cronológica sobre el conjunto, aunque suele ser un caso frecuente en cuanto a la facies regional.

Se atestiguan otras piezas con otras procedencias, mayormente sin elementos diagnóstico, como púnico centro-mediterránea (14 fragmentos, un 0,50%), o tripolitana (7 fragmentos, 0,25%), que apuntan a cronologías más propias de los ss. IV y III a.C., aunque, como podemos comprobar, están escasamente representadas.

Cerámica fina: en esta categoría encontramos dos grandes familias como son los barnices negros y las sigillatas. Entre los primeros tenemos solamente un ejemplar de un borde de F2783 de pequeñas estampillas, diez fragmentos de Campaniense A, con platos Lamboglia 36 y 27B, propios de contextos del s. II a.C. Hay también algunos fragmentos de calena (concretamente 3, todos amorfos). Por su parte encontramos *sigillata itálica* (8 fragmentos amorfos) y sudgálica, algo mejor representada con 10 fragmentos entre los cuales encontramos Drag. 24/25, Drag. 27 y Drag. 18. Existe un solo ejemplar amorfo de paredes finas sin engobe y dos fragmentos muy erosionados de ungüentarios, posiblemente fusiformes. Igualmente contamos con un solo ejemplar de cerámica ibérica pintada. Para terminar habría que decir que algo mejor representados están los gobeletes de cerámica

gris de la costa catalana, con 13 fragmentos de los cuales contamos con tres bordes.

Cerámica común: dentro de esta categoría hemos detectado cinco clases por su origen: ibérica, tarraconense, itálica, púnico-ebusitana y púnico centro-mediterránea. Tanto la tarraconense como la centro-mediterránea están escasamente reflejadas, y sin elementos diagnóstico.

La clase más numerosa es la púnico-ebusitana con 106 fragmentos (3,78%), entre los que encontramos pocas formas como jarras, vasos y morteros, por lo que parece lógico que acompañe a las ánforas en su comercialización como cargamento parasitario. Le sigue la ibérica con 70 fragmentos (2,50%), entre los que encontramos fundamentalmente platos de borde recto divergente, un vaso calado y un *kalathos*, que quizás haya perdido la decoración y que acompañaría muy probablemente a los vasos grises de la costa catalana.

Por último, tenemos una escasa representación de origen itálico, con 14 fragmentos, entre los que se distinguen una fuente y una olla, posiblemente relacionados con ciertos cambios gastronómicos pues se trata de cerámica de cocina, y por tanto, probablemente, asociada al s. I a.C.

En lo que respecta a los materiales no cerámicos, además de algún resto muy minoritario de macrofauna o malacofauna, señalaremos la abundancia de material constructivo como ímbrices o fragmentos de opus *signinum* en la zona sur, en contraste con su total ausencia en la zona norte. Esto podía indicar la existencia de algún tipo de estructuras periurbanas en la zona meridional del poblado en época romana, quizá con una funcionalidad industrial. Y en relación con ello, un dato que queremos destacar es la presencia de hasta un total de 9 escorias de hierro, tanto en la zona norte como en la sur que, a falta de análisis sobre la procedencia del metal, sí nos hablan ya de una actividad industrial metalúrgica en el entorno periurbano de Torrellafuda que habrá que investigar a fondo.

5. ENTRE LA II GUERRA PÚNICA Y LA CONQUISTA ROMANA

Una vez mostrados los resultados del análisis topográfico y de la prospección intensiva en Torrellafuda, nuestra conclusión inicial es lo acertado de las estrategias metodológicas aplicadas, resultado tanto de documentación y reflexión previa como de la adaptación de nuestros planteamientos preliminares a las circunstancias del terreno y del registro.

El conjunto material recogido y analizado es perfectamente coherente con una prospección superficial, pues están representadas todas las épocas que se conocen en Torrellafuda: talayótica, postalayótica, romana republicana, altoimperial y medieval islámica; a lo que hemos de sumar las épocas moderna y contemporánea que reflejan la frecuentación y uso de la tierra en los últimos siglos.

Por lo tanto, como decimos, la elección de nuestro método y del lugar se ha revelado como acertada para este estudio, pues nos ha permitido confirmar la secuencia del yacimiento, por lo que podemos considerar en primer lugar la representatividad del registro documentado. Debemos asumir entonces que el recinto donde hemos realizado la mayor parte de la prospección, al sur del poblado, no está alterado como cabría suponer por las labores agrícolas y que su cerramiento en piedra seca ha actuado como “contención” de ese registro, salvaguardándolo de algún modo respecto al área intramuros, donde está más alterado. Además, la recogida de material por transectos nos ha permitido mostrar una mayor o menor densidad de material en función de la mayor cercanía o lejanía respecto a la muralla, e incluso la existencia de posibles áreas de concentración de material correspondientes quizá a posibles estructuras enterradas o puntos de actividad metalúrgica, aún por confirmar (Fig. 11).



Fig. 11. Escoria de hierro recuperada en la zona norte (transecto 6).

Pero lo que nos interesa en concreto subrayar, como se ha adelantado en el análisis de los materiales, es la relevancia en el conjunto del material perteneciente al horizonte cronológico de la II Guerra Púnica y la posterior conquista romana, conscientes, obviamente, de la complejidad de establecer claros parámetros diferenciadores entre las fases de finales del s. III y las de la mitad del s. II a.C. simplemente a partir de material sin contexto estratigráfico.

Lo que queda al menos patente es que en esas fechas Torrellafuda, y en concreto su entorno periurbano, estuvieron sometidos a un auge demográfico como no se había conocido ni conocería con posterioridad. El análisis de la cerámica demuestra que llegó

entonces al poblado un importante volumen de ánforas y otras cerámicas asociadas al consumo de vino desde la *Iboshim*-Ibiza púnica, principalmente, aunque también de otras procedencias como el área tarraconense y la centromediterránea. Este fenómeno a su vez puede relacionarse por un auge demográfico y económico local, por un lado, sin descartar la posible llegada de nuevas gentes, por qué no militares, puesto que eran ellos los mejores técnicos en el diseño y construcción de obras poliorcéticas, como las conservadas en Torrellafuda, que atribuimos a un contexto histórico marcado por el conflicto púnico-romano y la posterior conquista.

A favor de la hipótesis de que se trate específicamente de contextos de la II Guerra Púnica, y por tanto vinculados al paso de Magón y sus tropas por la isla en el 206-205 a.C., podemos recurrir a los cada vez mejor conocidos contextos peninsulares. Se trata de ciudades púnicas con una especial relevancia en el contexto púnico peninsular, cuya fase “bárquida” es hoy bien conocida arqueológicamente, y que conllevó en algunos casos destrucciones y arrasamientos. Hablamos de Cartagena (Ruiz 2004; Martín 2008; Pérez y Berrocal 2010), *Carteia* (Blánquez *et al.* 2006), *Baria*-Villaricos (Martínez Hahn Müller 2012) o el Castillo de Doña Blanca (Niveau de Villedary 1999), o de verdaderos destacamentos militares como el Tossal de Manises en Alicante (Olcina y Sala 2015); en todos ellos, el repertorio incluye ánforas ebusitanas, gadiritas, ibéricas y grecoitalicas, así como en menor medida cartaginesas o tripolitanas, y vajilla fina de Campaniense A, todas presentes en Torrellafuda. El hecho de que las grecoitalicas sea una de las clases cerámicas más representadas, no implica necesariamente su datación posterior a la derrota púnica, ya que la mayor parte se ajustan precisamente a este momento de la II Guerra Púnica y son de hecho habituales en los contextos púnicos del III a.C., como se observa en los ejemplos peninsulares citados.

Otros materiales que acompañan estos contextos cerámicos y que remiten más claramente a contextos militares son monedas hispano-cartaginesas, puntas metálicas de lanza o flecha, o glandes de plomo, documentados incluso en escenarios de batalla como *Baecula* (Ruiz *et al.* 2013) o en campamentos romanos también de la II Guerra Púnica como el Camí del Castellet de Banyoles (Tivissa) o La Palma (L’Aldea), ambos en el Ebro (Noguera *et al.* 2013). En el caso de Torrellafuda, aunque no procedentes de nuestras prospecciones lamentablemente, tenemos constancia de la presencia tanto de monedas ebusitanas de ese momento como de glandes de plomo (De Nicolás 1983, 241).

Este contexto nos lleva, por tanto, al horizonte arquitectónico analizado por el Proyecto *Modular* y perfectamente reconocible en Torrellafuda, como en Son Catlar o Trepucó; por lo que ahora que contamos con el apoyo de los materiales, continente y contenido, arquitectura y cerámica, parecen señalar una coherencia reveladora (ver Prados Martínez y Jiménez Vialás en esta obra).

No obstante, es cierto que en el caso de Menorca queda pendiente datar y circunscribir dicho horizonte al momento concreto de la II Guerra Púnica o a las décadas

posteriores a la derrota púnica, antes de la conquista de las Baleares por Metelo en 123 a.C. En todo caso, se trata de un pormenor cronológico, puesto que el contexto cultural sería prácticamente el mismo. Es decir, este horizonte “púnico-talayótico” se inscribe en un contexto de importantes cambios en la isla, de crecimiento demográfico, agrupación en entidades protourbanas, cambios en la dieta, en la religiosidad, nuevas pautas en la arquitectura doméstica, etc. (ver otros trabajos en esta obra), para cuyo estudio y definición es, si se quiere, irrelevante la fecha concreta.

Conviene recordar, además, que la tradición cultural de raigambre talayótica e influencia púnica parece haber continuado sin variaciones durante la segunda mitad del s. II a.C., como bien conocemos en casos más paradigmáticos de la cultura púnica de Occidente, como Cádiz o Ibiza (Costa 2007), que una vez pactadas las condiciones de rendición con Roma, vivieron una etapa de auge económico y social sin precedentes que viene denominándose como fase “tardopúnica” o “neopúnica” de cronología romana, diríamos, pero rasgos culturales de origen semita (López Castro 1995). También en este aspecto, Menorca tiene mucho que ofrecernos.